

En el corazón de “Ítaca”

Tomás YERRO*

ITACA

Nada menos que veinte años tardó Ulises, tras la dura experiencia bélica en Troya y un muy largo y accidentado viaje, en reencontrarse con su esposa Penélope y su hijo Telémaco en la isla y reino de Ítaca. Mi travesía por la revista de educación *Ítaca* resultó muchísimo más tranquila y breve que la del héroe homérico, pero igualmente hermosa y estimulante. A petición propia salí de *Ítaca*, en septiembre de 1988, tan profesor y funcionario como había entrado un año antes, pero, eso sí, con un bagaje de vivencias inolvidables y enriquecedoras. Entonces y ahora me asaltan los versos de Cavafis: “Aunque la encuentres pobre, Ítaca de ti no se ha burlado. / Convertido en tan sabio, y con tanta experiencia, / ya habrás comprendido el significado de las Ítacas”. Apoyado en la memoria, frágil y selectiva, en las páginas que siguen trato de rescatar algunos recuerdos e impresiones ligados a la publicación editada por la Dirección Provincial del Ministerio de Educación y Cultura (MEC) de Navarra entre 1988 y 1990.

141

Ignoro si la idea de poner en marcha la revista obedeció a una instrucción general del ministerio o partió de la iniciativa personal de su representante en Navarra. El hecho cierto es que en agosto de 1987 me llamó a su despacho el director provincial del MEC, el socialista Joaquín Pascal Lozano, y me pidió que redactase un proyecto de revista dirigida preferentemente a la comunidad educativa navarra. Una revista en la que se combinaran la informaciones y las opiniones con plena libertad de expresión. El encargo me pareció atractivo desde el punto de vista profesional y muy oportuno en términos sociales y políticos. Téngase en cuenta que por aquellas fechas se negociaba el traspaso inminente de competencias educativas del Gobierno de

* Director de *Itaca*

la nación al de Navarra y, con alcance nacional, empezaba el debate sobre el proyecto para la reforma de la enseñanza, que desembocaría en la Ley Orgánica de Ordenación General del Sistema Educativo (LOGSE), todavía vigente.

El proyecto entregado a Joaquín Pascal mereció su aprobación sin ningún tipo de reservas. A primeros de septiembre me puse a las órdenes de José María Gracia Galilea, a la sazón jefe de la Unidad de Programas Educativos del MEC, a la que quedaba adscrita la revista. La unidad se componía de un equipo de profesores —valiosos y pioneros en sus respectivas áreas— encargados de poner en marcha planes de trabajo impulsados por el ministerio en campos tan diversos como las minorías étnicas, los disminuidos psíquicos, la escuela rural, la escuela infantil, los medios audiovisuales, la orientación de alumnos, la prevención de drogodependencias, la inserción laboral de los alumnos de Formación Profesional y la reforma de las enseñanzas básicas y medias. La sede se encontraba en el colegio público “José Vilá”, emplazado en la carretera de Tajonar al lado del emergente campus de la Universidad Pública de Navarra. Compartí despacho —un aula muy espaciosa reciclada para los nuevos menesteres— con José María Íñigo, excelente persona, a cuyas diligentes andanzas se debían las prácticas de los estudiantes de FP de centros públicos en empresas. El equipamiento de la redacción se reducía a unos sólidos ficheros metálicos de color gris y a una máquina de escribir “Olivetti”.

142 Del primer consejo de dirección, que permaneció inalterado hasta la clausura de *Ítaca*, formaron parte tres miembros de la citada unidad de programas: José Ignacio Juanbeltz, promotor de la reforma en EGB; Juan Carlos Turumbay, que se ocupaba de las escuelas rurales y de las minorías étnicas, entonces sólo gitanos; y Helena Taberna, la actual directora de cine, que velaba sus primeras armas audiovisuales en el llamado proyecto Mercurio. Las decisiones globales sobre diseño, maquetación, línea editorial y contenidos se tomaron siempre después de prolongadas, democráticas y fructíferas discusiones.

Al principio, la única persona dedicada con exclusividad al trabajo de la revista era el director. Así es que durante los primeros meses tuve que dedicarme a establecer contactos con revistas de educación de toda España y a recorrer institutos y colegios, públicos y concertados, para obtener información de primera mano sobre innovaciones educativas en marcha dentro de Navarra. Los miembros del consejo de dirección completaron con eficiencia el fichero de eventuales temas y colaboradores. Más ardua resultó la tarea de lograr la financiación de la revista, que en su corta trayectoria disfrutó del patrocinio de la Caja de Ahorros de Navarra. El ministerio completaba el presupuesto con partidas diversas que sólo el fallecido Manuel Arpón, el administrador de la delegación, sabría explicar. En ocasiones hubo que recurrir a dinero del Plan de Formación e Inserción Profesional (F.I.P.) para pagar los gastos de imprenta a Industrias Gráficas Castuera.

El diseño de la revista fue obra de un profesional tan acreditado como Ricardo Bermejo Ros. En los cuatro primeros números presentaba un innovador formato desplegable, que despertó la curiosidad de los lectores. El paso del tiempo, sin embargo, demostró su escasa funcionalidad para la lectura y, sobre todo, para hacer fotocopias, vicio casi consus-

tancial a los profesores desde que sonaron los primeros clarinazos de la reforma. De ahí que se cambiara por otro más convencional y práctico a requerimiento de Ricardo Pita. En los dos últimos números la cabecera se transformó en *Itaka*.

La primera entrega, que en realidad correspondía al número 0, estaba fechada en febrero de 1988 y se presentó a los medios de comunicación en rueda de prensa el día 14 de marzo. La tirada ascendía a 1.000 ejemplares, su presupuesto era de 500.000 pesetas y su distribución, gratuita. Joaquín Pascal confirmó en sus declaraciones lo escrito en su breve y significativo artículo preliminar: el propósito de que *Itaca*, alejada de un enfoque oficialista y propagandístico, acogiera las colaboraciones de todos, sin exclusiones ideológicas de ninguna clase. Deseaba, asimismo, que la revista tuviera una larga vida “al margen de situaciones administrativas variables”.

El editorial programático, “En ruta”, se hacía eco de los factores justificativos de la publicación, expresaba con claridad sus objetivos y terminaba con un llamamiento a la colaboración de los lectores: profesores, sindicatos y padres. Leído con los criterios editoriales actuales, sorprende que entre sus directrices básicas figure la de “un pluralismo ideológico sin exclusiones de ninguna clase”, máxime teniendo en cuenta que el editor era un organismo oficial. Esa libertad de expresión fue, sin duda, el principal marchamo de gloria de *Itaca*, del que también fueron beneficiarios sus sucesivos directores: José Luis Mendoza y Ricardo Pita.

El número 0 marcó la tónica de la publicación en su estructura y contenidos. Al editorial seguía un tema monográfico, “La investigación en el aula, ¿dando palos de ciego?”, elaborado con la participación de profesionales de la enseñanza procedentes del MEC, de la Escuela Universitaria de Formación del Profesorado de EGB de Pamplona y de Adarra. Varios artículos recogían experiencias educativas, aún calientes, realizadas en Tudela, Pamplona, Barañáin, Orcoyen y Villava. Loris Malaguzzi, el renombrado pedagogo italiano especializado en los lenguajes del niño, fue entrevistado a conciencia por Isabel Cabanellas. El reportaje se centró en el programa de Escuelas Viajeras, que facilitaba el intercambio de alumnos desfavorecidos entre comunidades autónomas. La actualidad brillaba en la cobertura de las elecciones sindicales del personal docente del MEC. El número se completaba con información educativa, agenda y una sección de crítica de libros.

143

Antes de aparecer la siguiente entrega extraordinaria con el marbete de números 1 y 2, fechada en junio de 1988, fue posible contratar a una joven redactora, la periodista Mari Carmen Vallés. Su contrato administrativo en prácticas sólo duró de marzo a finales de agosto. Su incorporación contribuyó a sistematizar la información recogida en los centros, a distribuir las tareas de la redacción y, sobre todo, a ofrecer un producto en formato más periodístico aunque sin renunciar a ninguno de los fundamentos de la publicación.

Para ilustrar el tema de “La escuela sale del aula”, pensamos que era necesario idear una portada coherente y de impacto. Cada uno de los 2.000 ejemplares (la duplicación de la

tirada se produjo a causa de la buena acogida del primer número) llevaba en el exterior una bolsita de papel transparente con varias hojas de roble recogidas en el bosque de Orgi, en el valle de la Ulzama, adonde nos desplazamos una mañana José Ignacio Juanbeltz, Mari Carmen Vallés y yo mismo. Algunos niños y niñas del colegio “José Vilá” colaboraron con buen humor en la delicada tarea de pegar las bolsitas e introducir las hojas. La entrevista a Pedro Burillo, entonces primer rector constituyente de la Upna, fue muy comentada en los centros docentes. El grueso de ese número doble se dedicó a la huelga de profesores no universitarios de la enseñanza pública, una de las más largas y duras de la democracia española. El editorial, “¿Quién da más?”, enjuiciaba la posición del ministerio, los sindicatos, los profesores y los padres. A la opinión pública le sorprendió mucho que una revista oficial criticara la actitud ministerial durante el conflicto. El 23 de junio *Diario de Navarra* le dedicó a dicho editorial —reproducido en su integridad— media página, titulada “Críticas al Ministerio y los sindicatos de enseñanza en la revista *Ítaca*”.

A la vuelta de las vacaciones de verano, la unidad de programas, y con ella la redacción de la revista, se trasladó al colegio público “Martín de Azpilicueta”, situado en la calle Compañía, en pleno Casco Viejo de Pamplona. A José María Gracia primero y después a Joaquín Pascal les presenté mi dimisión como director-coordinador de la revista a finales

de agosto. No encuentro ahora, entre mis papeles, aquel documento. Recuerdo con claridad, sin embargo, las razones alegadas. Les daba las gracias a mis jefes por la inusual confianza otorgada en el desempeño de mi labor y, de modo especial, por haber respetado el acordado principio de libertad de expresión. Pese a ello, me resultaba difícil continuar al frente de la revista en unas condiciones que

no iban a variar en el futuro, a saber: cese definitivo de la redactora e imposibilidad de nueva contratación, financiación irregular de la publicación —con aportaciones cada vez más cuantiosas procedentes del Plan F.I.P.— y dedicación exclusiva de hecho, que no de derecho ni de retribución, a la revista. El editor no podía adquirir para la redacción ni siquiera los periódicos locales y varios nacionales, cuyo coste siempre corrió de mi cuenta. Joaquín Pascal me rogó hasta la saciedad que siguiera en la revista: su implantación y prestigio, según él, estaban logrados. Podía suponer para mí, añadía, un buen trampolín para la vida pública o política. Es más, me confesó que el editorial sobre la huelga circulaba de mano en mano en la sede del MEC en la madrileña calle de Alcalá, prueba inequívoca de la alta cotización de *Ítaca*. Por lo visto, algunos jerifaltes ministeriales pensaban que dicho texto había sido redactado por el propio Pascal para agujonear al ministro José María Maravall, enfrentado al subsecretario Alfredo Pérez Rubalcaba, amigo personal del profesor de matemáticas navarro. Lo cierto es que la dichosa huelga le costó el puesto a Maravall, que fue sustituido por Pérez Rubalcaba. Por su parte, Joaquín Pascal iniciaba el curso académico 1988-1989 como delegado provincial del MEC en Madrid. Los misterios de la política, a lo que se ve, también son insondables. Al cabo de los años puedo asegurar que el texto de marras surgió, como siempre, de la exclusiva reflexión del consejo de dirección y que yo fui su redactor.

Historiar el currículum de *Ítaca* en sus números posteriores sólo está al alcance de mi mano en calidad de lector. El número 3, dirigido por José Luis Mendoza bajo el mandato del nuevo director provincial del MEC, Vicente Ripa, constituye un buen exponente del derecho de libertad de expresión aplicado a un tema monográfico y polémico: la situación del euskera en Navarra. Entrevistas con representantes de la administración, reportajes y experiencias diversas dieron cuenta de una realidad social, cultural y educativa de la máxima importancia en aquellas fechas y en la actualidad. Los versos de Gabriel Aresti traducidos por Jon Juaristi suponían, en la portada, un excelente reclamo para los potenciales lectores: “Defenderé la casa de mi padre. Que me encuentre la muerte defendiendo tu casa. Defenderé la casa que yo quiera”. En ese número se introdujo una útil sección de revista de revistas, que aportaba artículos de periódicos y revistas locales y nacionales. También fue monográfico el número 4 (mayo de 1989), que versó sobre dramatización y expresión corporal. Fabricio Caivano, director de *Cuadernos de pedagogía*, tuvo oportunidad de explayarse a fondo en la entrevista que le hizo Mendoza.

La nave de *Ítaca* cambió de capitán, desconozco los motivos, en el número siguiente, el 5 (diciembre de 1989), que pasó a dirigir Ricardo Pita. Además del nuevo formato, destacaron en él la entrevista al sexólogo José Luis García, el reportaje sobre la granja-escuela “Haritz Berri” de Ilundáin y los artículos acerca de la escuela infantil. El escritor navarro Javier Eder empezó su colaboración con un sugestivo texto sobre Eco, Spielberg y Mac Guffin, al que seguiría otro, “La imagen extraviada”, en el número siguiente, datado en junio de 1990. El euskera en la enseñanza y en especial las nuevas tecnologías coparon la mayoría de las páginas de la postrera entrega, en la que se incluyó una jugosa entrevista a don Julio Caro Baroja. Con el sello de *Ítaca* se publicaron estudios sobre la reforma educativa en soporte de separatas y algún libro, que circularon con éxito entre los profesores. En el tintero quedaron los materiales sobre coeducación y matemáticas que Pita venía recogiendo y redactando con destino a números futuros, según se anunció en el 5.

Las oscuras circunstancias del rotundo carpetazo dado a *Ítaca* al producirse las transferencias educativas al Gobierno de Navarra en 1990, sólo las conocen los entonces dirigentes del Departamento de Educación y Cultura. Pese al aumento espectacular del número de colaboradores, pese a su creciente prestigio entre profesores de distinta ideología, pese a constituir una buena embajada exterior de la educación en Navarra, los políticos de turno —socialistas de nueva sensibilidad— debieron de pensar que la libertad de expresión era una criatura peligrosa. Quizá se creyeron elegidos por el destino editorial, siempre inmisericorde con las publicaciones periódicas, abocadas a una vida más o menos precaria y efímera.

El balance crítico acerca de la aportación de *Ítaca* corresponde efectuarlo a los lectores y a los especialistas en historia de la educación. Con ecuanimidad puedo asegurar que difundió experiencias didácticas inéditas de mucho mérito, facilitó el aumento de la autoestima —muy alicaída, por cierto— de muchos profesores anónimos comprometidos

abnegadamente con su tarea profesional y, en fin, sirvió para encauzar, con respeto y absoluta independencia de criterio, el debate sobre las cuestiones más candentes de la educación en una etapa decisiva, en la que se fraguó la agridulce reforma educativa que hoy se enseñorea de las aulas españolas. En mi arqueo personal, a *Ítaca* le debo, entre otras muchas cosas, el trato con algunos políticos honestos y el privilegio de haber aprendido sabias lecciones de profesores perdidos en los pueblos más recónditos de Navarra. Salí, pues, de *Ítaca* colmado de aventuras y experiencias. Qué pena que el viaje no fuera tan largo como el de Ulises.